



IRIS

NÚM. 80

BARCELONA 17 NOVIEMBRE 1900

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid

LA PRINCESA INDIANA

La India, á pesar de haber quedado convertida por los ingleses en una posesión eminentemente industrial y comercial, continua siendo el país del misterio, y mucho falta para que haya podido penetrarse en el alma de las diversas razas que la pueblan, en las cuales están representadas todas las fases porque ha atravesado la humanidad, desde el más repugnante salvajismo hasta la más refinada civilización.

La condición de la mujer brahmanista es envidiable, pues no le falta nada de lo que puede lisonjear su vanidad y afirmar sus derechos.

La mitología india abunda en diosas y heroínas, y las virgenes de la aurora no son en ella menos numerosas que los héroes solares. Más aun, el Sol, que para nosotros es masculino, para los indios es femenino: la *Surya* védica, en efecto, es el *Helios* griego.

Innumerables son las historias de valerosas princesas indianas que abundan los poemas sanscritos, y hoy mismo, con ocasión del hambre que reina horriblemente en aquel país, no son raras las nobles damas que dan muestra de su esplendidez y nobles sentimientos acudiendo á remediar la plaga.

Como en todos los países orientales, mide el poderío de cada magnate ó potentado por la aureola material que lo rodea y de ahí que los marajás deban vivir en medio de la mayor suntuosidad, y sus mujeres, naturalmente, deban aparecer ataviadas con la mayor riqueza.

El tipo de la india es notable por su majestuoso porte; no ya las grandes señoras sino las mismas humildes muchachas que, vestidas todas de blanco, con el cántaro sobre la cabeza, van por agua á la fuente, parecen, como asegura el barón de Hubner, verdaderas diosas que descienden del Olimpo disfrazadas de simples mortales.

Diffícil es que podamos formarnos una idea de lo que pasa en el corazón de aquellas mujeres. Los casamientos se «contratan», por decirlo así, cuando aun se hallan en la niñez los futuros desposados, y si ocurre la desgracia de que el novio muera antes de formalizarse el enlace, la pobre niña queda reducida á la condición de viuda, que en la India viene á ser como una esclavitud, y aún eso puede tenerse por una grandísima suerte, pues antes de la dominación inglesa la viuda no debía sobrevivir á su difunto esposo, sino que estaba obligada á arrojarle en la hoguera en que se consumían los res-



tos del marido. Es indudable que el pueblo indiano (entendiéndose el brahmanista), posee un refinado sentido del arte, por más que este no sea original, sino de origen persa ó árabe; más, aun siendo así, el genio particular de aquellos arios imprime á todas sus obras un sello distintivo, revelador de su poderosa inteligencia y brillante imaginación.

Este sentido se observa en el traje, que es llevado con una distinción admirable, por uno y otro sexo.

M. MAULÉON

Los violines

(CUENTO ORIGINAL)

Dos, había dos en el pueblo, uno, violín nuevecito y lindo del furioso aficionado don Baltasar, médico del partido; otro, viejo y feo, del señor Aniceto, el hermano de Sandulio el barbero y practicante.

Pero señor Aniceto era un músico, un verdadero músico, ya retirado, pero que había obtenido sus triunfos como miembro primero de una gran orquesta de la ciudad. Señor Aniceto padecía oyendo a D. Baltasar tocar el violín... y más aun viéndolo que aquel repertorio de habaneras, polkas, jotas y otras danzas, única cosa que tocaba el matasanos, era aplaudido y celebrado por el obtuso sentido artístico de los zafios labriegos.

¿De que le servían las glorias pasadas a señor Aniceto? ¿De qué le servía allí entre aquellos zánganos que no apreciaban el verdadero mérito?

Llegara una ocasión, una buena ocasión para que señor Aniceto se luciese... Esto eran sus sueños de color de rosa, entretanto su alma de artista sufría, sufría amargamente.

—Ya está la chicharra,—exclamaba señor Aniceto no bien oía al médico rascar el violín.

Un día, inesperado día, Sandulio dijo a su hermano:

—¡Vamos, infla te hombre, han venido á buscarte!

—¿A buscarme á mí? ¿quién? ¿para qué?—dijo el viejo.

—¿Quién? El guarda de Palazuelos de Moral para que vayas á Palazuelos á tocar tu violín, nada menos que delante de los condes. Yo tengo otro aviso para mí ó para el médico D. Baltasar.

—¿Como va á ir ese zángano á tocar!—exclamó con espantado asombro Aniceto.

—No, hombre, no te alarmes; el aviso es para otro sitio y para otro negocio y aun puede que el negocio lo haga yo y nada le diga. Aun si tengo



tiempo puede que te acompañe yo, es el mismo camino, solo que yo habré de quedarme más acá á Palazuelos del Pino. Llegó tu hora ¿eh? Bien me alegro. ¡Como que dejaste tú mi oficio, en el que eras maestro, dejaste tu oficio por la música, has sido tantos años maestro... y había ahora de ponerse sobre ti el bobalicón de don Baltasar! Animo y á lucirte. Has de salir mañana temprano.

El Moral, el Pino, los Palazuelos. Todos estos nombres se revolían en la mente de Aniceto; quedose como ebrio, tal fué su alegría.

—¡Animo sí, ánimo!—se dijo y abrió su baulón de papeletes de música y se pasó la mañana y parte de la tarde revolviéndolos y sin saber cuál escogería. ¡Los hubiera llevado todos, todos; pero esto era imposible! Pobre borriquito. Luego señor Aniceto se puso á ensayar y en esto se le fué la noche, llegó la hora de partir y preocupado, enloquecido, nervioso é impaciente cargó con el violín en su caja y con otras de papeletes el asnuelo, montóse en él y ¡hala que es tarde! con impaciente inquietud, espoleando

y vareando al borriquillo emprendió por la vereda del valle, atravesó la calleja de los cerros, luego el robledal del puente, los campos y el río.

Palazuelos de Moral, los condes, Palazuelos del Pino... tales nombres seguían dándole vueltas en la cabeza á señor Aniceto confundidos con los recuerdos de la *Semiramis*, *Lucía*, los ejercicios del gran Bellini, las lindes que él llevaba é iba ordenando para el programa. No pensaba, no veía otra cosa sino aquel equipajillo de selecta música que él había dispuesto y preparado con alguna precipitación. No obstante en su alma retozaba también la alegría, el contento íntimo y regocijador de verse solicitado, ¡Y por quién! ¡Por personas de buen gusto! Miedo no tenía ninguno. Estaba él muy seguro de sí; ciertamente hacía mucho tiempo que no tocaba; pero á pesar de esto tenía confianza.

—Sé mucha música y conozco mi violín. ¡Adelante pues! ¡Ya verá, ya verá el D. Baltasar como me han de elogiar esos señores! ¡Si le oyeran á él... cielo divino! Seguramente que los condes echaban á correr y se marchaban á Madrid.

En esto vió señor Aniceto á dos mocetones que caminaban en dirección contraria é iban á su encuentro.

—Calle,—dijo uno al llegar ambos junto al músico.—¿Viene usted? Pues ¿y su hermano?

—¿Cómo si vengo yo? ¡Si me han llamado! Mi hermano, ¿qué falta hace mi hermano?

—Será igual,—dijo un mozo al otro,—será igual; ambos son de la misma cepa. Pero, aprisa, que ya le esperan y diga ¿qué se trae ahí en esa caja que parece de muerto? ¿Los instrumentos?

—Otra ¿cuántos quiere usted que traiga? Pues lo que me es necesario. ¡Un violín!

—¡Un violín!—exclamó el mocetón y se echó á reír desoladamente.

—Vaya, déjense de barbarizar. ¿No dicen que me están esperando los señores condes?

—¿Los condes? ¿Qué condes?—dijo uno de los criados.—Quien le espera que rabia por verle es doña Andrea y D. Pedro.

—¿Doña Andrea? ¿Quién es doña Andrea? ¿Quién es D. Pedro?

—Doña Andrea, la mujer del administrador. ¡Véngase! Vaya, no perdamos tiempo.

Y diciendo esto uno cogió del ronzal al borriquillo y el otro le azuzó pegándole varazos y á toda prisa llevaronle á la casa de Palazuelos del Pino. Luego vióse señor Aniceto en la casa, hiciéronle subir por una larga escalera y le introdujeron en una espaciosa estancia. Allí halló un caballero que al verle exclamó:

—Creíamos que no venía usted. Ya hace usted falta puede usted empezar.

—Corriente,—dijo señor Aniceto, y sacando de la caja su violín comenzó á querer afinarlo.

—Pero ¿está usted loco? ¿Qué broma estúpida es esta?

—¡Cómo broma estúpida!—exclamó lleno de asombro el músico, asombro que llegó al estupor al oír los gritos destemplados y desgarradores lanzados por una mujer que se hallaba en cama en una alcoba inmediata.

—Vamos, déjese de sandeces y cumpla usted con su deber,—dijo D. Pedro arrebatando de las manos el violín á señor Aniceto.—Esa señora necesita ya del comadrón.

—¿Qué es esto? Pero ¿yo he venido á asistir á un parto?—preguntó aterrado señor Aniceto.

—¿No es usted comadrón?—exclamó D. Pedro.

—Lo he sido

—¿Pero no es usted el barbero del pueblo?

—El barbero del pueblo es mi hermano.

Entonces fué cuando señor Aniceto comprendió que se había equivocado. Se hallaba en Palazuelos del Pino cuando le esperaban en Palazuelos de Moral. Quería marcharse; más don Pedro al fin y al cabo veía allí un comadrón y no le dejó marchar y obligándole á que ejerciera su primer oficio forzóle á quedarse y á pasar junto á la señora todo el día y hasta muy entrada la noche. Y Sandulio que era á quien verdaderamente habían avisado ¿por qué no se presentaba? No se presentaba por que habiéndosele ocurrido llegarse antes á Palazuelos de Moral y viendo que aun no se había presentado su hermano creyó que se había perdido y se había puesto á buscarlo. Supo al fin que éste estaba en Palazuelos del Pino y se presentó; hallándole fatigadísimo, aburrido, contrariado por su mala suerte. Cuando Sandulio entró en la estancia en que su hermano trabajaba éste ya tenía en sus manos otro violín que cantaba solo con agudo chillido. El robusto nene dado á luz por doña Andrea.

—Ya lo ves,—exclamó Aniceto y añadió con angustioso acento.—¿Qué habrán dicho los condes?

—Nada. Habían invitado también á D. Baltasar; era para que alternando tocasis en un baile. Han quedado contentos. ¡Para el caso bien vale el mediquejo!

¡Ironía de la suerte! D. Baltasar se elevaba á la altura de Paganini. Tal fué el término que en el pueblo tuvieron las rivalidades... de los dos violines.

José ZAHONERO



EL LIBRO DEL AMOR

LA AUSENCIA

¿acuerdas aun de mí, de tu «gitana», (¡una gitana rubia!) de tu pobre-cita «muñeca»?

¡Cuánto tiempo sin vernos! ¡Toda la vida del mundo! ¡Mil novecientos años! ¡La eternidad! (Mira si exagero, si *continuo* siendo andaluza).

¡Y, claro! Tú no te acordarás ya de mí, me habrás olvidado por completo, después de tantos meses de ausencia. ¿Qué amor, por grande que sea, resiste á la influencia del tiempo?

Mira, la ausencia es una enfermedad que se divide en varios periodos, en varios estados pasionales. Yo he padecido muchos días de desesperación y de tristeza y he querido morirme. Y ahora... ahora sin saber por qué estoy muy contenta, y me parece que nos vamos á ver muy pronto, muy pronto, y que ya no nos separaremos más, ni en la vida ni en la muerte, siempre juntos.

Verás, ¡me hago unas ilusiones! Ayer me olvidé de que te habías marchado, de que estabas á muchas leguas de distancia de Madrid, y me pasé toda la tarde asomada al balcón, esperándote, muertecita de frío. Ya ves como tu pobre «gitana» está loca, y como es preciso que abandones esos malditos negocios y vengas en seguida á consolarme.

Mamá está muy incomodada conmigo porque no como apenas y porque apenas si duermo. Y me llama tonta, y loca, y que se yo cuántas cosas más, para demostrarme que no debo quererte tanto. ¡Me da mucha rabia! ¡Todas las madres son así! ¡Se olvidan de que han sido jóvenes!

No te rías de lo que voy á decirte. A veces tengo celos... de todas las mujeres ¡Dicen que esas francesas son tan bonitas y tan amables y además tan rubias! Tu tipo: las rubias. Pero yo también lo soy, y además tengo los ojos negros, y, lo que vale más que todo eso, *un corazón muy grande que es todo tuyo*. Oyelo bien: todo tuyo. ¿Te enteras, ingrato? Conque ¿cuándo vendrás? Me paso las noches rezando á San Expedito, el santo de moda, para que te traiga pronto á mi lado. Pero yo debo de ser muy mala cuando el santo no me hace caso. ¡Tres meses y dos días hace que no nos vemos y ya no puedo resistir más esta ausencia!

Tiene razón mi madre al llamarme tonta. Me preocupo demasiado de ti. En cambio, tú... Hay que hacerte la justicia de que me escribes todos los días unas cartas muy largas y muy... sosas. ¿Pero verdad que no te gustan las francesas?

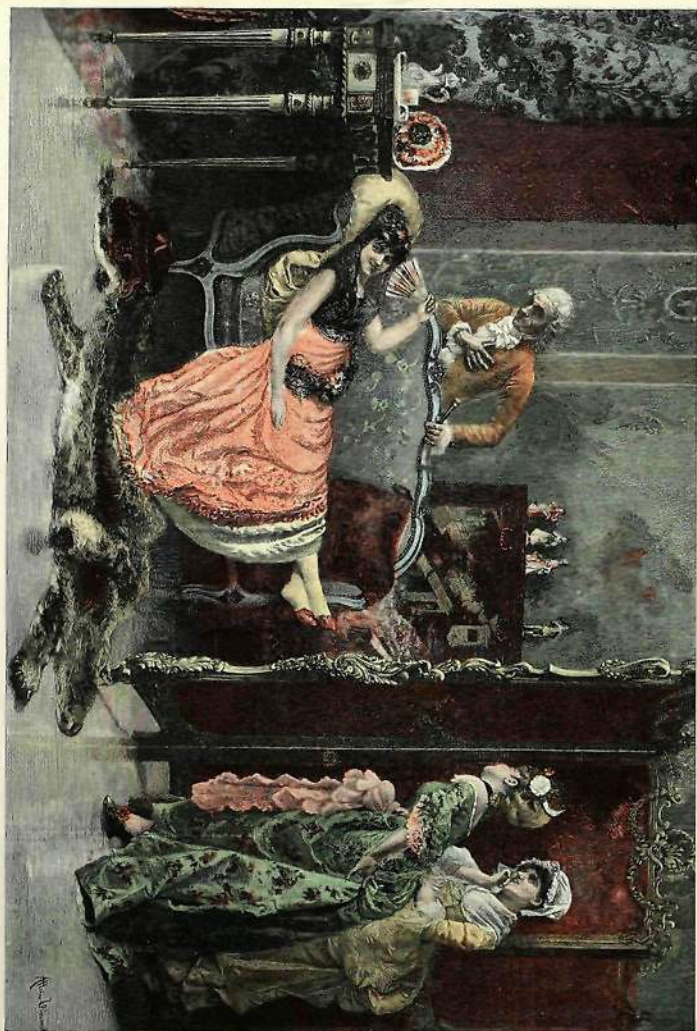
Odio los negocios. Comprendo que los hombres tienen necesidad de dinero (y las mujeres también), pero el amar es antes que todo en la vida. Te concedo un plazo de siete días para que regreses. Transcurrido ese tiempo yo sabré lo que haces. Porque te advierto que si ahí tenéis mujeres bonitas aquí también tenemos hombres muy guapos. Conque tú verás lo que determinas.

Te adora cada vez más tu—Isabel.

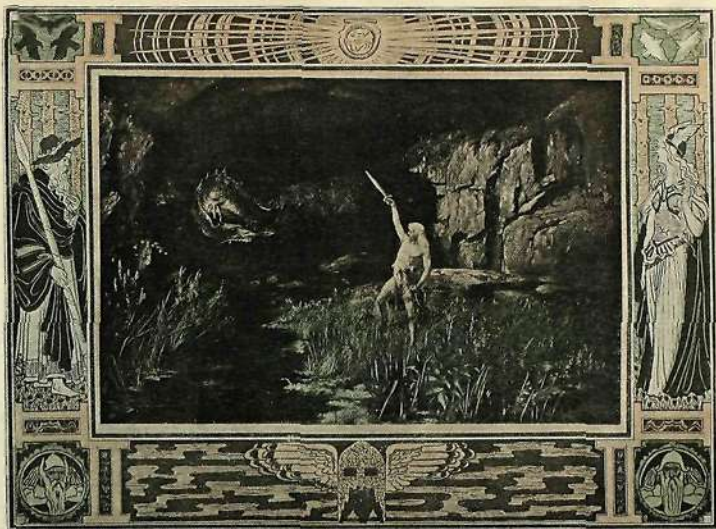


MIGUEL SAWA

INDISCRECIÓN



Ayuntamiento de Madrid



SIGFREDO: ACTO II.—SIGFREDO EN LA CAVERNA DEL DRAGÓN

Como no podía menos de ser, el repertorio wagneriano se ha impuesto al público de nuestro Gran Teatro, y después de haberse representado ya *El buque fantasma*, *Tannhauser*, *Lohengrin*, *La Walkyria* y *Tristán é Isolda* va á ponerse en escena, en el momento que escribimos estas líneas, *Sigfredo*, la tercera ópera de la *Tetralogía*. La ejecución, confiada á las Sras. D'Erenstein y Borisoff, y á los señores Graní, Nacarini y Moro habrá de corresponder, sin duda, á la fama de que gozan tan notables cantantes, avezados á la interpretación de las sublimes creaciones de Wagner, y por su parte así la Empresa como la Junta del Liceo no han omitido gasto alguno para presentar dignamente la obra, de cuya *mise en scène* ha cuidado el mismo director que lo hizo en la Scala de Milan. Nada faltará para la debida figuración de los interesantísimos cuadros en que abunda el *Sigfredo*, incluso las máquinas de vapor necesarias para producir determinados efectos.

Sigfredo, del cual conoce algo el público de Barcelona por lo que se ha podido oír en los Conciertos, es á juicio de muchos la mejor ópera de la *Tetralogía* en cuanto á belleza y sentimiento; otras son más grandiosas, pero ninguna llega tanto al alma. Realmente el personaje es uno de los tipos más hermosos que puede concebir la imaginación, reuniéndose en él la juventud, la fuerza, la bondad, el valor y la más ardiente pasión amorosa, todo ello para ser víctima de la falacia y la perversidad.

Las hazañas de Sigfredo son propias más que de un héroe de un semidiós. La escena que reproducimos, cuando va á buscar al monstruo para pelear con él con la espada forjada por el mismo, es una de las más emocionantes que se conocen en el drama lírico, y no menos aquella en que, atravesando el círculo de fuego, liberta á Brunilda, que espera ha tanto tiempo al que ha de sacarla de su profundo sueño en medio de las llamas. Nada más simpático que aquel guerrero manco ante el cual retroceden los peligros, y cuando muere, y sus guerreros le conducen á la pira donde han de quedar convertidos en cenizas sus restos, la *marcha fúnebre*, de salvaje expresión, que dejan oír los clarines resume admirablemente así el carácter del héroe como el de aquel pueblo, belicoso y fuerte, llamado después á tan prodigiosos destinos.

Puede, por consiguiente, estar orgullosa Barcelona de que ya en sus teatros se represente el *Sigfredo*, respondiendo así á su fama de entusiasta por el arte musical.

LEÓN MORA

AMOR A PRUEBA

I

Aparecía llena de cartuchos de diferentes monedas la mesa-escritorio de Carmencita Peranzules. Era a principios de mes, y el apoderado de la bella viuda, D. Agapito Guadaña, acababa de traerla las rentas cuantiosas de sus fincas. Miraba con indiferencia todo aquel dineral la joven, pues joven era la viudita. Durante la entrega y razón del dinero no había podido evitar algunos bostezos.

Este estado de hastío de la mujer contrastaba grandemente con el espíritu de codicia que se advertía en el apoderado. Los cartuchos de monedas eran colocados por él en la mesa con precauciones infinitas. Parecía que manejaba cosas de vidrio quebradizo, ó más aun, que tenía entre las manos objetos sagrados. Para D. Agapito el becerro de oro era el único Dios del mundo. El buen señor era solterón ya machucho. Muchas veces había pasado por su cerebro la idea de tomar por esposa á la joven cuyos bienes administraba; pero no podía menos de comprender que su edad y su figura no hacían digna pareja con los años floridos y el garboso palmito de Carmencita Peranzules.

No por estas desventajas se desanimaba el hombre, y todos sus razonamientos se dirigían por el lado más favorable para él. Conocía que su unión con la viuda no podía ser un enlace lleno de venturas. Pero el dinero de ella le atraía, y con tal de poseerlo estaba dispuesto á pasar por todo.

Aquel día el bueno de don Agapito se había vestido con más elegancia que de costumbre. Traía una corbata nueva, de color rojo, se había afeitado con pulcritud y las uñas de los dedos mostraba cortadas escrupulosamente. De igual modomanifestaba los dientes en extremo fregoteados.

Con estos, para él poderosos incentivos, cobró audacia y abordó la cuestión del casorio.

—Carmencita,—la dijo,—dispense que me meta hoy en cosas que solo pertenecen al tesoro de su alma. Pero viéneme extrañando desde hace tiempo la vida singularísima que lleva. Es usted rica, riquísima, y sin ser avara, sino caritativa en extremo, vive con una modestia rayana en la pobreza. Es usted joven, lindísima, encantadora; y sin embargo, no obstante el recuerdo desdichado de su difunto marido que acaso la retenga en contraer nuevos lazos, podía usted aspirar á crear otro hogar, que sin duda sería un nido de delicias. Comprendo que no elija usted por marido á un calavera, como lo fué aquel muchacho que se llamó su marido. Pero un hombre ya formal, juicioso, buen administrador de sus caudales...

—Vamos, como usted,—le interrumpió la viudita.

—¿Por qué no?—dijo D. Agapito, radiante de alegría.

Carmen soltó una carcajada que dejó helado á su pretendiente.

—A usted menos que á nadie,—repuso después la viuda.—No porque usted no se merezca una mujer, todavía mejor que yo; sino por una sola causa. Porque sabe usted que soy rica, y yo deseo que quien me ame, sea solo por mí persona, no por mi dinero. De ahí viene mi vida extraña, sin apariencias ostentosas, sin lujo, sin deslumbramientos. Busco, pues, un amor á prueba, un amor verdadero.

El administrador comprendió la muchísima razón que asistía á la viuda, y se despidió de ella, aunque triste, resignado.



En efecto; este era el plan que había adoptado, desde que perdió á su marido, la bella joven.

Cinco años llevaba de viudez y nunca se había desviado lo más mínimo de esta inflexible línea de conducta. Huérfana de unos padres millonarios, vivía con una tía suya, desde que quedó viuda. Se había casado por obedecer á sus padres, pero su matrimonio fué desgraciadísimo. Dejando el pueblo en que había vivido, había realizado su capital y habíase venido á Madrid, comprando diferentes fincas y empleando el dinero en empresas lucrativas. Pero siempre sin dar la cara, ocultándose en la sombra, atenta al plan que había concebido de aparentar pobreza.

Hizo amistades y no dejaba de frecuentar las tertulias. Especialmente la de más muchachos pobres, pero muy distinguidos, artistas de corazón, á cuyas reuniones acudían otras jóvenes de la clase media.

Mas en vano Carmencita Peranzules mostraba sus habilidades y encantos. En vano se sentaba al

piano y arrancaba del teclado maravillosas armonías. En vano dejaba oír su voz, conmoviendo con su bien timbrado acento todos los corazones. En vano giraba elegantísimamente á los compases del baile. En vano, en fin, ponía de relieve todos los hechizos de su alma. Ningún joven se atrevía á pedir su mano.

—Sí, es encantadora,—decían,—pero es pobre.

La viudita entre tanto reía en sus adentros viendo el resultado de su táctica. Mas también se desesperaba é indignaba ante el positivismo que corroía aquella juventud egoísta. Ya desconfiaba de su empresa, cuando una noche le fué presentado un muchacho de humilde aspecto, pero de frente iluminada por el ingenio. Era un escultor y se llamaba Faustino del Hierro.

Apenas cambiaron ambos una mirada comprendieron que habían nacido para amarse. El se sintió turbadísimo y ella experimentó un estremecimiento inefable en el fondo de su corazón. No obstante aquella noche al acostarse Carmen, sin poder desechár por completo sus antiguas desconfianzas, no pudo menos de preguntarse:

—¿Me amará de veras? ¿Será solo un capricho, una fantasía de artista?

III

No; Faustino la amaba con toda su alma. Fué demostrándoselo sucesivamente en todos sus actos.

—Es usted mi sueño más dulce,—la decía.—Será usted mi felicidad, mi gloria.

Un día la llevó un busto en mármol representándola á ella. Era una obra admirable.

—La tengo á usted tan retratada en mi imaginación que la he modelado de memoria.

Ya Carmen no dudó más. Había al fin encontrado el amor verdadero. Empezaron los preparativos de la boda. Faustino trabajaba sin descanso. Necesitaba dinero, mucho dinero, pero jamás su fecundidad había sido tan grande ni su inspiración tan luminosa. Y como ya entre los dos no había secretos, el joven artista sentía cierto orgullo en contar á su futura sus fatigas y sus triunfos. Esta interiormente estaba gozosísima. Se complacía de antemano en la sorpresa que recibiría su amado al saber que ella no era pobre y que él podría trabajar en adelante en magnas empresas, sin tener que emplear su talento en frivolidades y pequeñeces á que obligan las necesidades parentorias de la vida.

—Ya está todo listo,—le dijo un día el joven á su novia.

Fueron, acompañados de la tía de ésta á ver el cuarto que había dispuesto como futuro nido de sus amores. Era un piso tercero de una de las alegres calles de los alrededores. Los muebles eran modestos, pero limpios. Algunos había nuevos; los demás se veía que habían sido los compañeros del artista durante largos años de pobreza. Había en la decoración gusto, arte, primor; pero por todas partes se notaba la falta de grandes desembolsos.



Carmen dijo conmovida: —Es muy bonito todo esto; sobre todo porque ha sido comprado con el producto del talento del que va á ser mi esposo.

—Dí más bien tu esclavo, —repuso Faustino enternecido.

En la pared colgaba el retrato de una señora anciana.

—¿De quién es ese retrato? —preguntó la joven.

—De mi difunta madre, —repuso tristemente Faustino.

Carmen lo descolgó y le dió un beso en la frente. Cuando un momento después se miraron los dos novios, había en sus ojos lágrimas.

IV

La joven viuda salió hondamente conmovida del nido de amor que le había preparado el artista. Era el amor de éste un amor á prueba ¿cómo dudarlo? Para recompensárselo le reservaba á éste una sorpresa.

—Ahora vas á ver mi cuarto, —le dijo.

—¿Tu cuarto? —preguntó Faustino sorprendido.

—Sí, mi cuarto. También tengo yo mi cuarto. ¿Qué quieres? Es un capricho. Así tendremos donde escoger.

Y se dirigieron á una calle céntrica, penetrando en un piso principal, cuya llave guardaba la tía de Carmen. Faustino quedó estupefacto. Era aquella una habitación espléndidamente decorada. En medio del salón principal, se elevaba sobre un lujoso pedestal, el busto de mármol de la dueña, esculpido con tanta delicadeza por el enamorado artista.

—¿Quieres explicarme que significa esto? —dijo éste lleno de confusiones.

—La explicación es muy sencilla, —repuso Carmen. —Es que no soy pobre como he fingido, sino rica, muy rica. Quería encontrar un amor verdadero, un amor á prueba y en tí lo he encontrado. Como ya no necesito disfraz alguno lo arrojé. Esta habitación será nuestra casa.

En las facciones de Faustino se reveló una tristeza profunda.

—¿No te alegra nada de esto? —le dijo su novia.

—No, —repuso con resolución el artista. —¡Estaba tan acostumbrado á mi pobreza! ¡Era tan feliz, me sentía tan orgulloso en ser yo quien te proporcionara las dulzuras de la existencia!

—Todo se puede arreglar, amigo mío, —dijo Carmen loca de contento viendo el desinterés de su futuro esposo, llevado á tan noble extremo. —Cerraremos esta casa y nos iremos á tu nido. Viviremos modestamente como unos artistas. Más tarde, cuando merced á tu genio, hayas logrado en la Exposición Nacional la medalla de honor, esta casa será tu estudio de artista ilustre.

Faustino loco de felicidad se arrodilló á los pies de Carmen, y tomándola una mano, se la cubrió de besos. Eran los primeros que daba á su novia. Luego en un transporte de felicidad, exclamó repetidas veces

—¡Bendita seas! ¡Bendita seas!

J. F. SANMARTIN Y AGUIRRE

EN EL CAMPO

Fatigada de andar buscando flores sentóse á descansar triste, rendida, y pensando tal vez en sus amores al poco rato se quedó dormida.

Llegué hasta ella, me senté á su lado, presté atención, me pareció que hablaba, y más tarde me hube cerciorado, de que en efecto habló y es que soñaba.

Soñaba, sí; de su risueña boca brotaban frases melodiosas, puras, y la inocente arrebatada, loca; prometía á su amor grandes venturas.

—Yo te haré muy feliz, verás, Manolo — murmuraba con voz incoherente, —

mi amor es para ti, ¡para ti solo! te amo y te amaré constantemente.

Y así la niña, con placer soñando, sin sospechar que alguno la escuchaba, se imaginaba estar con él hablando y oyendo su charlar, y o la admiraba.

Una hoja de un árbol desprendida, cayó la maldiceda en su mejilla, parecióle á ella un beso de su vida y esto no supo bueno á la chiquilla.

Alzó la mano vengativa, airada, y pensando era yo su prometido, me propinó una senda bofetada de la que aun tengo el rostro dolorido.

RAFAEL URSAY MELENDO



El sargento Remigio, del cuarto batallón de infantería, en el fuerte tenía un hermoso mastín, que era un prodigio por su sabiduría.

A todos admiraba lo mucho que sabía porque *Sultán*, que así se le llamaba hacia la instrucción, daba la mano, se retiraba al toque de retreta, conocía los toques de corneta igual que un veterano;

el primero acudía al toque de llamada; al rancho puntualmente concurría, y... ¡lo más asombroso! ¡distinguía un pan de munición de una patada!

Estaba amaestrado aquel animalito con tal arte, que era que ni pintado para llevar un parte á cualquier parte. Tras un sitio tenaz y prolongado, vencidos por el hambre y las fatigas, y el pequeño fortín siempre cercado por numerosas fuerzas enemigas; sin municiones ya, sin más abrigo que aquel débil remedo de muralla sobre el que el enemigo enviaba torrenes de metralla, dignos de mejor suerte sus bravos y leales defensores esperaban impávidos la muerte primero que rendirse y ser traidores.

Era el amanecer, era esa hora en que lanza el más vivo, el más risueño de sus destellos la naciente aurora y despierta la hueste trinadora de su apacible sueño.

Huye la sombra á su mansión profunda, plega la noche su gigante velo, surge la aurora que de luz inunda la gigantesca bóveda del cielo. Bate el insecto sus pintadas alas,

y la naturaleza derrochando el tesoro de sus galas, ostenta su hermosura y su grandeza.

Siguió el asedio con el nuevo día.

Feroz el enemigo acometía con implacable saña;

la leal guarnición disminuía; pero á cada soldado que caía atronaba el espacio un ¡viva España!

Y cuando era en el fuerte la penuria mayor, cuando entregados á los rigores de su infausta suerte los valientes soldados que el fuerte defendían hambrientos y extenuados esqueletos, más que hombres, parecían,

¡*Sultán*! (gritó el sargento jefe de la bizarra fortaleza).

¡Ha llegado el momento de probar tu valor y tu destreza!

El hambre y la fatiga darán con nuestros huesos en el hoyo, como una tropa amiga no venga en nuestro apoyo.

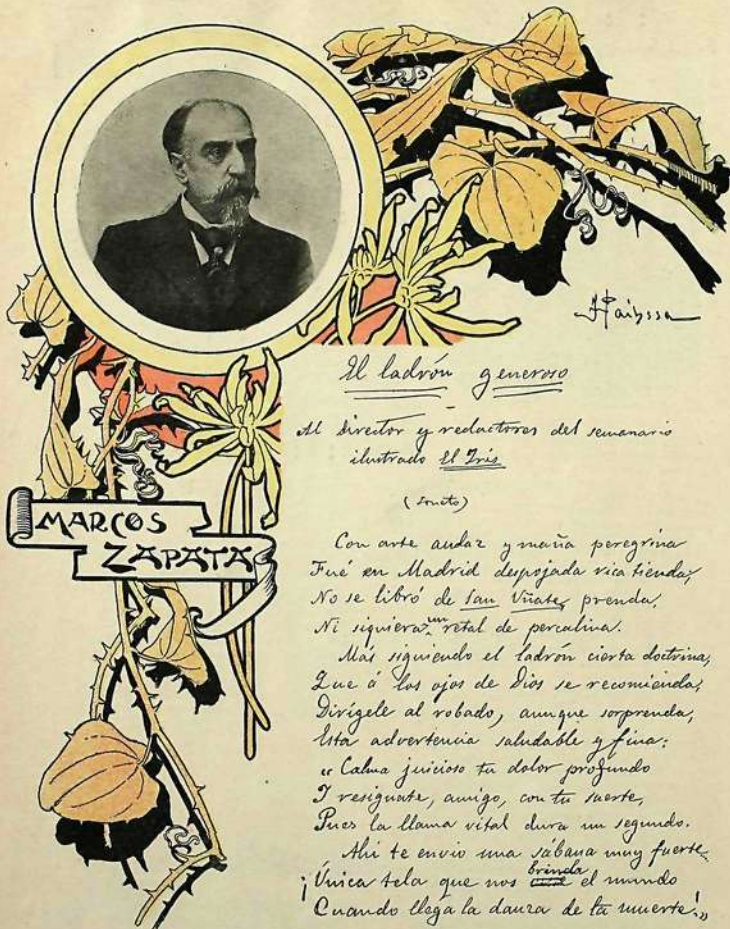
¡Tú eres nuestra esperanza!

Lleva este parte al inmediato fuerte como un rayo, *Sultán*, que tu tardanza será lo que decreta nuestra muerte!

Nadie se lo esperaba; pero no llegó el parte á su destino, ¡por qué el noble animal que lo llevaba halló una hermosa perra en su camino!

MANUEL SORIANO





El ladrón generoso

el director y redactores del semanario
ilustrado El Tri

(Suite)

Con arte audaz y maña peregrina
Fue en Madrid despojada via tienda,
No se libró de tan viciosa prenda,
Ni siquiera ^{un} retal de percalina.

Mas siguiendo el ladrón cierta doctrina,
Que a los ojos de Dios se recomiendan,
Dirigíele al robado, aunque sorprenda,
Una advertencia saludable y fina:
« Calma juicioso tu dolor profundo
Y resignate, amigo, con tu suerte,
Pues la llama vital dura un segundo.

Ahi te envío una sábana muy fuerte,
¡Única tela que nos ^{brinda} al mundo
Cuando llega la danza de la muerte! »

Marcos Zapata

EL PÁJARO PINTO

(Aunque de caza) PAVAS



—¿Qué pájaro tan raro!
—Pues, es el pájaro pinto.



—¡Vamos, chuchó, a ver si cazamos un pájaro pinto!



—¡Oh, fortuna! Allí veo un pájaro parecido.



—¡Si le habré atinado!



—Pues, sí. Debo de haberla destrozado.



—¡Cielos! El sombrero de mi mujer.



BELLAS ARTES

UNA MUJER DE SU CASA

No es preciso que el artista vaya en busca de asuntos poéticos para que su obra tenga poesía; cualquier asunto, según como se mire, se presta á ser materia artística. Los jardines de Armida, tratados por un Orbaneja, resultarán un prosaico huerto, lleno de calabazas y patatas, mientras que un campo de patatas, interpretado por Millet, resultará un Eden de belleza.

Se puede, por lo tanto, hacer sentir representando *Una mujer de su casa*: la que hace prodigios de economía, la que posee el secreto de ahorrar, la que trabaja sin descanso en cuidar á su marido y á su prole, y con eso, siempre contenta y siempre alegre, con frases de cariño para todos y humor para sobrellevar sin quejarse las contrariedades de la vida. Esas mujeres valen infinitamente más que las marisabidillas y las *neuroticas*, de las que Dios nos libre. Ya se lo decía asimismo el ingenioso Meñestófeles á Marta Swerdllein paseando por el jardín de Margarita: «—Una casa que sea vuestra y una buena mujer son preciosas como el oro y las perlas.»

Quizás conviniera, en los actuales tiempos, refrescarles algo la memoria á las que solo piensan en Paul Bourget ó en Annunzio, y ofrecerlas ante los ojos el espectáculo de la buena mujer, de la *brave femme*, que exenta de delirios feministas cree cumplir con su misión en la tierra siendo la compañera de su marido y la providencia de sus hijos, pero no son esas por desgracia las corrientes. Ya pasó aquel tiempo en que hilaba la reina Berta, y las mujeres del pueblo abandonan el hogar para trabajar en las manufacturas. ¡Oh que inmenso progreso el que de nuevo pudiesen volver á hilar las reinas y que las hijas de familia se quedasen de nuevo en casa, para barrer y guisar, en vez de dedicarse á la industria!

No lleva, infortunadamente, trazas de suceder así; la *lucha por la vida*, triste dogma de la ciencia moderna, aparte del hogar á las mujeres; ya no se plancha ni lava en casa, sino que de estos cuidados se encargan, pagando, gente extraña, y día llegará en que estarán de sobras los fogones, pues vendrá la comida de la tienda. Así se va destruyendo la familia, y lo que se gana en adelanto material se pierde en la dicha íntima. Pero no continuemos. Alguien podría creer que echamos de menos el pasado cuando no es así; lo que hacemos es abominar del presente y confiar en que, quizás, el porvenir rectifique todos los males que tenemos hoy que deplorar.

JULIO L. CARRIÓN



DE RECEPCION

Ayuntamiento de Madrid



La indis-
cutible autoridad
de que goza esta com-
pañía, me evita, muy á mi
gusto, el honroso deber de pre-
sentarla aquí. Tan conocidos de
todos los públicos son estos distin-
guidos artistas, que bien pudiera dar
sus retratos sin apuntar apenas sus
prestigiosos nombres. Dicho esto,
acude espontáneamente á la pluma la
consabida anécdota de aquel pobre
diablo que se personó en un salón de
gente conocida, diciendo:

—Presento á V. á mi amigo Pérez...
A lo cual contestó el dueño de la
casa: —Y á V. ¿quién le presenta?

—(¡!)
Esto ni más ni menos hiciera yo,
tratándose de cuantos avaloran el
mérito de esta plana, y por ello me
límito á dejarles en el escenario de
la Comedia, retirándome por el foro.
MIGUEL PORTOLÉS

TEATRO
DE LA
COMEDIA

Ayuntamiento de Madrid

NÚMERO

La pre-
determina-
ramente
sellos, m-
ciones
marcada
2, el 3 y
tiansen lo
Turquia
que refiri-

Los pu-
por el 2
caso del
cionados
al 3 y al
Los in-
2, y los
tan del 5

El 7 es-
mente en
eslavos.

Los nu-
plean m-
de emp-
aficiona-
Filipina
Hawai

LA TIERRA

La car-
piedra
mayoría
que se p-
bustible
el día p-
ahí que
experim-
lo cual
echar m-
comotor
turba se
después
para ex-
sible.

P
bo
de p-
4 m

LAS

Con n-
sosteni-
acerca
cenizas
en Floi-
Dante
hacia r-
del 13
Fué
un arce-
rior de

PEPITORIA

NÚMEROS FAVORITOS DE DIFERENTES PUEBLOS

La preferencia de cada país por determinados números aparece claramente en el valor de las monedas, sellos, medidas y otras manifestaciones. Por lo general, observarse marcada predilección en favor del 2, el 3 y el 5, y sus múltiplos; exceptuándose los países mahometanos como Turquía, Persia y Egipto, diríase que reñidos con el 3.

Los pueblos latinos tienen un flaco por el 2 y el 5, no haciendo mucho caso del 3, pero los ingleses son aficionados al 2 y al 3 y los alemanes al 3 y al 5.

Los indios están enamorados del 2, y los chinos, como nosotros, gustan del 2 y el 5.

El 7 es empleado extraordinariamente en Rusia y en todos los países eslavos.

Los números de dos cifras se emplean menos, pero no por eso dejan de emplearse: en el Salvador son aficionados al 11, en Méjico al 17, en Filipinas al 31. Los habitantes de Hawai son fanáticos por el 13.

LA TURBA COMO COMBUSTIBLE PARA LAS LOCOMOTORAS

La carestía y escasez de carbón de piedra que se deja sentir hoy en la mayoría de las naciones ha hecho que se pensara en utilizar los combustibles pobres, desechados hasta el día para los usos industriales. De ahí que la leña y la nafta hayan experimentado una fuerte alza, por lo cual se ha comenzado en Rusia a echar mano de la turba para las locomotoras. Por de contado que la turba se emplea en forma de panés; después de convenientemente secos para expulsar toda la humedad posible.

♦♦

Precisa hallarse en el limbo para seguir sufriendo de atroces callos teniendo á mano el LADIVONSIM.

♦♦

LAS CENIZAS DEL DANTE

Con motivo de una viva polémica sostenida por los poetas italianos, acerca de algunas partículas de las cenizas de Dante que se conservan en Florencia, se ha averiguado que Dante murió en Rávena, donde vivía hacia unos cuatro años, en la noche del 13 al 14 de septiembre de 1321.

Fué enterrado solemnemente bajo un arco anónimo, en el pórtico exterior de la iglesia de San Francisco.

A últimos del siglo xv se le erigió un monumento adosado al convento de los franciscanos.

Sin embargo, las cenizas del poeta, que Rávena había honrado de tal suerte, fueron reclamados insistentemente por Florencia.

Cuando Rávena volvió á ser ciudad de los Estados del Papa y el Papa fué el florentino León X, se atendió á la reclamación de Florencia y fué una diputación á recoger solemnemente las cenizas del Dante.

La diputación abrió el sepulcro y lo halló vacío.

Los franciscanos vecinos, perforando el muro de comunicación, habían sacado de allí los preciosos restos.

Los guardaron secretamente, hasta que en 1810 fueron expulsados aquellos religiosos.

Entonces ocultaron el ataúd dentro de una pared, y en ella fue casualmente encontrado en 1865.

SUSPIROS

Cuando yo esté en la agonía y de la Virgen me acuerde, también de ti he de acordarme: ¡verás que dulce es la muerte!

RAFAEL FERNÁNDEZ

DEFINICIONES

Dar.—Verbo de conjugación pe. nosa.

Deber.—Verbo facilísimo de conjug.

Debilidad.—Arma femenil.

Decente.—El que tiene dinero.

Deleite.—Gusano de la vida.

Descender.—Suplicio lento.

Desconocido.—Sujeto simpático.

Deshonra.—Caso de apreciación.

Desierto.—Corazón del egoísta.

Dificultad.—Cosa desconocida para la mujer que ama.

Digestión.—Epilogo melanélico de una divertida historia.

Dimitir.—Acto voluntario que se ejecuta con muy mala voluntad.

Dinero.—Modificador deopiniones.

Disculpa.—Mentira con antifaz.

Discusión.—Tiempo perdido.

Duda.—Interinidad penosa.

MISCELÁNEA

LA REPÚBLICA ARGENTINA

La República gasta en la enseñanza el 9 por 100 de sus rentas; que asciende á más de 15 millones de pesos.

♦♦

En 1896 existían 2,715 escuelas públicas, oficiales, y 1,034 particulares.

Cada bachiller costaba al Estado, de 700 á 1,300 pesos.

CHARADA

Un primera con tercera me quitó unas tres y cuatro me donde estaban mis todo tomando el sol en el campo, y yo la prima y segunda le reventé con un palo, y él dijo el todo, y yo dije: ¡me gustan mucho guisados!

FRASE HECHA



Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada.—Rosario.

Seroglífico.—Los placeres son por onzas y los males por arrobas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. B. A.—Irán algunos originales.

M. F. M.—Sevilla.—Muchas gracias por la indicación, pero la cosa resultaría algo carilla. Respecto á lo que me dice al final hay que recordar aquello de que las cosas son del color del cristal con que se miran.

C. C. G.—Centa.—Los versos están bien, pero la forma, en a-onantes, es pobre, y yo soy de los que *transigen* con el a-onante, pero no le reconozco como verdadera poesía.

L. del A.—Todo está perfectamente, é ira.

P. P. L.—Barcelona.—Tenemos cuentos para todo el siglo que viene; el que ha enviado tiene excelente intención, no carece de bellezas, pero abunda en incorrecciones y el final resulta harto precipitado.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSCRÍBSESE Ó NO, P.D. SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

IRIS

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

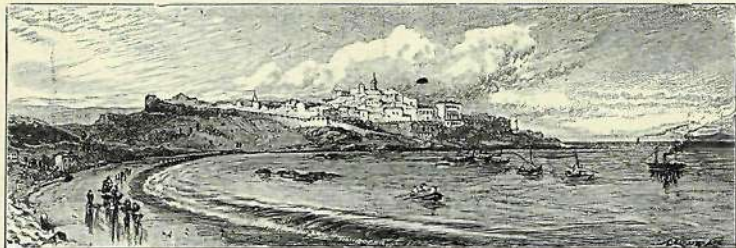
AÑO II

BARCELONA 17 NOVIEMBRE 1900

NUM. 80

SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS * 25 CÉNTIMOS NÚMERO CORRIENTE * PORTUGAL 60 REIS

POR TODO MARRUECOS



POR D. JULIAN ALVAREZ DE SESTRI

Obra ilustrada con magníficos grabados, según fotografías ó dibujos del natural.—Un tomo en tela, 750 pts.

OBRAS ILUSTRADAS Y DE GRAN LUJO * RAMÓN MOLINAS, EDITOR



REMEDIO SEGURO É INFALIBLE CONTRA LOS CALLOS

PREPARADO POR EL

doctor **LADIVONSIM**

Este preparado, verdadero rey de los callicidas, no tiene rival, ni análogo, entre tantos otros como se anuncian, pues su absoluta eficacia resulta plenamente confirmada por millares de casos, sin una sola excepción. Gracias al remedio del doctor Ladivonsim podemos contar hoy con la seguridad de la curación radical de una dolencia que tanto molesta y aflige á la humanidad, haciendo padecer á veces seriamente. El empleo de este callicida es tan fácil como inofensivo, recomendándose además por su limpieza. La curación se obtiene en corto tiempo, de manera que no vacilamos en afirmar que cuantos lo usen por primera vez se habrán de convertir en agradecidísimos propagadores de su incomparable eficacia, como lo vienen siendo cuantos lo han empleado hasta el presente.

DE VENTA: En las principales farmacias, droguerías y zapaterías de Europa y América.

Dirección Postal: VIDAL SIMON, Calle de Fomento.—BARCELONA (Clet.

MADRID
Tres meses, 2'50 ptas.—Seis id., 4'50.—Año, 8
PROVINCIAS
→ Semestre, 5 ptas.—Año, 9 +6

Anuncios españoles: Ptas. 0'25 línea de 45 mjm.

Madrid Comico

UNION POSTAL
→ Un año, 15 pesetas ←
VENTA
Número corriente, 0'15; atrasado, 0'25

Anuncios extranjeros: Ptas. 0'35 línea de 45 mjm.

OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10.—MADRID

SE SUSCRIBE EN LA ADMINISTRACIÓN Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

Ayuntamiento de Madrid

LA MODA



Comencemos por decir que el traje de baile representado en nuestro grabado es reproducción del que luce madame Jane Hading en la comedia *L'Enchantement*, que se representa actualmente en el teatro del Ateneo de París, y el traje de recepción es copia del que viste en la misma obra Mlle. Bignon. Sabido es que en la capital de Francia las modas son muchas veces iniciadas por las damas de teatro.

Entrando ya en materia diremos que según los más autorizados y competentes revisteros se usa mucho el traje de paño granate; si liso, estilo sastre, queda á la moderna; si adornado con pieles ó con franjas doradas y negras, es de vestir.

El bolero preferido es el corto, redondo por delante, acompañado del coslete; éste debe ser de distinta tela que el traje, de un tejido fantasía, ya escocés, ya persa. También se estilan de tejido jersey.

La consigna parisienno es: *Moins d'hanches encore!* ¡Ay de las gordas!

Las faldas son al sesgo, muy ceñidas de arriba; no tan lisas como el año pasado, sino con ligeros frunces; la denominada «falda sin costuras aparentes» es la última palabra de la elegancia.



TRAJE DE BAILE



TRAJE DE RECEPCIÓN



gancia. Los corpiños son menos estirados, menos acorazados que los del pasado invierno; por lo tanto, los delanteros han de ser flojos, las hechuras abultadas; el plastron, bombacho. Lo único estirado es el chalequito hombruno.

Respecto á adornos nada se ha variado: solapas guarnecidas, cuellos con bordados; mangas sencillas con las estrechas bocamangas bordadas ó guarnecidas de encaje que haga juego con el que luzca el corpiño. Es indispensable la *bordure* en todo corpiño de *toilette* lujosa.

Los cinturones se llevan anchos, pero al objeto de que no hagan parecer más grueso el talle han de ir cortados al biés.

Nuestros dibujantes

por J. Xandani



GASCÓN



POVEDA



LEALDA CÁMARA



ROMERO OROZCO



GUISSA



V TUR

Ayuntamiento de Madrid